

quien se hizo nombrar bibliotecario justo en los momentos en que la depredación que sufrieron los bienes de la Compañía de Jesús se hallaba en su clímax. Las bibliotecas de Córdoba y Chuquisaca desaparecieron víctimas de todas las vicisitudes y depredaciones.

La producción bibliográfica del doctor Espejo es variada, y en ella se tratan con erudición temas humanos y divinos.⁵⁸ Sin embargo es en sus *Reflexiones sobre las viruelas* en la que pone de manifiesto su portentoso conocimiento de las materias que trata. En esta obra el doctor Espejo demuestra hallarse en posesión de lo que se conocía en ese entonces sobre las enfermedades contagiosas. Las Memorias de la Academia Francesa de Ciencias, periódicos y revistas de Europa y de América, libros fundamentales como los de Feijó, Bacon, Bayle, Malpigio, Sydenham, etc. Espejo los había leído. Esto le permitió trajinar por los caminos de la microbiología con verdadera solvencia, y hasta con originalidad. Al respecto Albarracín Teulón se manifiesta en los siguientes términos: «¿Fue Espejo un precursor de la microbiología del siglo XIX? No acabo de afirmarlo, pero no niego sus inteligentes y audaces atisbos. Hombre de muchas lecturas, tanto de los clásicos antiguos y modernos como de los grandes sistemáticos de la primera mitad del XVIII, cuyo magisterio se ofrecía en las universidades europeas de la época, todo ello le concedió la libertad intelectual precisa, tanto para fustigar sin piedad el “inútil librejo” de Suárez de Rivera, “obrilla ridícula”, como el *Examen de Cirujano* de Martín Martínez, “que no sirve para nada” o las “perogrulladas de a folio” de Baubius, como para ensalzar la obra de Boerhaave, Hoffman y demás médicos ilustrados, y, por supuesto, para idear doctrinas originales, como la de los vermes que anteriormente comentamos».⁵² En una carta escrita por el Oidor de Quito y honorario de Granada, Pedro Celestino de Salazar, de fecha 3 de marzo de 1790, se apunta que Francisco Gil y otros renombrados médicos españoles que conocieron las *Reflexiones sobre las viruelas* quedaron complacidos con la obra, y que la erudición y talento del autor les había impresionado de manera particular.⁵⁹ Enfrentado al poder español, el doctor Espejo muere en prisión en 1795, y es enterrado en el cementerio destinado a los indios.

VI. Las fracasadas revoluciones de Charcas (mayo de 1809) y de La Paz (julio siguiente) no pueden compararse a la de Quito (agosto del mismo año), en lo que se refiere a preparación, difusión y estudio. Esta constituyó el primer esfuerzo más seriamente concebido hacia la independencia por los iberoamericanos, según opinión de un historiador norteamericano moderno.⁶⁰ Justamente las primeras revoluciones de la independencia tuvieron lugar en dos de los tres grandes centros culturales que crearon los jesuitas en América del Sur. El primer grito de la independencia en Iberoamérica fue obra de hombres de ciencia como Juan Bautista Aguirre y Eugenio Espejo.

⁵⁸ Espejo, E.: «El Nuevo Luciano» (1779); «La Ciencia Blancardina» (1780); «Marco Porcio Catón» (1780); «Carta del Padre La Graña» (1780); «Sermones» (1780); «Reflexiones acerca de las Viruelas» (1785); «Defensa de los Curas de Riobamba» (1786); «Cartas Riobambenses» (1787); «Representaciones al Presidente Villalengua» (1787); «Memorias sobre el Corte de Quinas» (1792); «Voto de un Ministro Togado de la Audiencia de Quito» (1792); «Primicias de la Cultura de Quito» (1792); «Segunda Carta Teológica» (1792).

⁵⁹ Cita tomada de: Viteri Lafrontera, H.: *Boletín*, Quito, No. 4, 1922, pp. 441-446.

⁶⁰ Astuto, P. L.: Eugenio Espejo. Reformador Ecuatoriano de la Ilustración (1747-1795). Ed. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

Tercera parte

I. Pese a la expulsión de la Compañía de Jesús y otros acontecimientos nefastos, el proceso que nos condujo al punto de *saber leer y escribir* es indudable que continuó con ímpetu hasta bien entrado el siglo XIX. Sin embargo también que duda cabe que a partir de 1767 dicho proceso fue sufriendo serios quebrantos.

II. La brillante generación de finales del XVIII, la de los próceres, resultado fue de aquel proceso: «(la Universidad de) Córdoba de Tucumán produjo hombres como el deán Gregorio Funes, Juan Ignacio Gorriti, Juan José Paso y Manuel Alberti. De la Universidad de Charcas fueron alumnos Mariano Moreno, Juan José Casteli, Bernardo Monreagudo, Vicente López, Facundo Zuviría. Vale decir que dichos centros fueron la casa espiritual de los directores de la revolución en el Río de La Plata»,⁶¹ y, desde luego, en el Alto Perú. En Quito, Espejo y sus discípulos fueron productos, directos o indirectos, del espíritu ilustrado que animó la vida de la Universidad de San Gregorio en sus últimas décadas. La cristalización de la obra del doctor Espejo, la revolución quiteña de 1809 tuvo repercusiones continentales,⁶² e incuestionable influjo en la independencia iberoamericana.

III. Sí, aquel proceso sufrió quebranto con la clausura de los colegios y universidades regentados por la Compañía de Jesús. Lo que sucedió en Córdoba nos ilustra sobre tal aserto. A mediados del siglo XVIII se dice de ella: «la ciudad principal de Tucumania, sede del obispo y de la Universidad, floreciente y más célebre que ninguna otra en casi toda América del Sur». ⁶³ En 1829, Lacordaire hace el siguiente comentario: «Esta ciudad (Córdoba) es del pequeño número de aquellas que, en América, despiertan recuerdos que se atan a las más nobles obras del hombre. Las otras, por lo general, o bien el viajero busca en vano algunos acontecimientos en el largo sueño en el cual han dormido desde su fundación. Cuando los jesuitas eran todopoderosos en esas regiones y cuando ellos difundían las ciencias y las artes de la Europa, Córdoba había sido elegida por ellos para ser el centro de su dominación intelectual. Habían fundado allí una universidad a la que acudían los estudiantes del Alto Perú, de Chile y de Buenos Aires. Hoy día, el edificio que la encerraba, se encuentra aún en pie con los templos y los otros monumentos: ¡su obra!, pero su recinto está desierto, y un colegio, más moderno, reúne un pequeño número de jóvenes, pertenecientes, casi todos, a la ciudad. Sólo resta a Córdoba el recuerdo de lo que era». ⁶⁴ Thomas Page, quien visitó la Confederación Argentina a mediados del XIX, se refiere a Córdoba en los siguientes términos: «(los jesuitas) tenían aquí su Colegio Máximo, que, por más de una centuria, fue el principal asiento del saber en el Río de la Plata. Aquí estaba también su famosa biblioteca que fue destruida silenciosamente y dispersa en tiempos de la expulsión», «(la Uni-

⁶¹ Pastor Benítez, J.: La vida solitaria del Dr. José Gaspar de Francia. Ed. Carlos Schauman, Asunción, 1984.

⁶² Velásquez, C.V.: Proyección continental de la Revolución de Agosto. Cartillas de Divulgación Ecuatoriana No. 22. Ed. CCE. Quito, 1979.

⁶³ Dobrizhoffer, M.: Historia de los Abipones. Santa Fé, 1967, vol. 1, pp. 136-137.

⁶⁴ Lacordaire, T.: La Batalla de la Tablada (En: García, J.A.: Centenario de la Batalla de la Tablada. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Año XVI, No. 3-4: 84-88, 1929).

versidad) quedó reducida a una simple escuela de provincia», «Uno de los profesores me hizo reconocer el colegio y me sorprendió el aspecto imponente del edificio. Después de atravesar algunos salones vacíos entramos en la iglesia cuya parte interna conserva todavía huellas de su antiguo esplendor», «Las construcciones y huertas eran muy extensas: en estas últimas había una media docena de nogales plantados por los padres, de soberbio tamaño y follaje, cuya frescura contrastaba extrañamente con las tapias y muros en ruinas». ⁶⁵ Todos los azotes de la naturaleza, que los hemos tenido muchos, nos han significado menos a los hispanoamericanos que lo que nos supuso la expulsión de los jesuitas.

Extrañada la Compañía de Jesús, dejó de existir la organización, con toda su infraestructura y posibilidades internacionales, que de manera permante y sistemática fue enriqueciéndonos de libros. Hecho tanto más fundamental si se considera que «el comercio de libros era enteramente desconocido y los aficionados al estudio necesitaban hacer sacrificios, casi siempre superiores a sus recursos económicos, para proveerse de libros, en que apagar la sed de ilustración que los devoraba». ⁶⁶ El mantenimiento y alimentación de las bibliotecas de Quito por ejemplo pasaron a ser labor individual y como consecuencia de limitado y perentorio alcance, como la de monseñor Calama y la de «el padre fray Ignacio de Quesada (quien) gastó una suma muy crecida en la formación de la biblioteca del Colegio de San Fernando, para lo cual compró en España, en Francia y en Roma muchísimos volúmenes de obras valiosas, buscándolas y escogiéndolas personalmente, sin ahorrar viajes ni sacrificios de dinero». ⁶⁷ Es así como el libro, que tan familiar nos fue, ⁶⁸ fue convirtiéndose en un artículo de lujo, por lo general desactualizado, de manejo anárquico y vivir errabundo.

Lo que aconteció con los libros, sucedió también con la Universidad. Expulsada la Compañía de Jesús «el edificio de la Universidad estuvo confiscado y el claustro universitario perdió su importancia social en la colonia. Casi un cuarto de siglo después de la expulsión fue cuando se erigió y constituyó en Quito una verdadera Universidad», ⁶⁹ «La vida de la nueva Universidad comenzó sin esplendor y continuó sin notable adelantamiento.» ⁷⁰ Las instituciones en que por antonomasia se lee y escribe, *se enseñaba a leer y escribir*, las universidades, las nuestras, habían iniciado un período de decrepitud. Del área alto-andina centenares de jesuitas siguieron el camino del exilio, ⁷¹ y esto nos significó, qué duda cabe, la primera fuga de cerebros que hemos sufrido. A este auténtico desastre se sumaron otros hechos adversos.

IV. Ya señalamos que el doctor Espejo murió en prisión. Con posterioridad, y más a partir del 10 de agosto de 1809 los patriotas fueron perseguidos con saña, sin tregua ni cuartel. Muchos caen en los encuentros que tienen lugar al norte y al sur de la Real

⁶⁵ Page, T.J.: *Notas de Viaje por la Confederación Argentina (1853-1855)*. Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos. Buenos Aires, Año III, No. 3: 190-194, 1941.

⁶⁶ González Suárez, F.: *Op. Cit.* (39), vol. 3, p. 296.

⁶⁷ González Suárez, F.: *Op. Cit.* (39), vol. 3, p. 297.

⁶⁸ González Suárez, F.: *Op. Cit.* (39), vol. 3, p. 297.

⁶⁹ González Suárez, F.: *Op. Cit.* (39), vol. 3, p. 287.

⁷⁰ González Suárez, F.: *Op. Cit.* (39), vol. 3, p. 288.